

# El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes 2 ptas.—  
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/50  
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.  
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 115

Sevilla—Sábado 23 de Mayo de 1903

AÑO XXVII

## Las actas

La discusión de actas promete ser larga y laboriosa, y dadas las impresiones que se recogen de los distintos centros de información, y aun las impresiones de algún ministro, que ve el porvenir tan obscuro como el señalado por la prensa, pudiera suceder que el conflicto ministerial, planteado ya sin género alguno de duda, se haga inminente tan pronto se discutan las actas de algunos distritos en que mauristas y silvelistas se han tirado los trastos a la cabeza.

Porque es tan grande la descomposición que se observa en la mayoría parlamentaria, tan manifiestas la insubordinación y la indisciplina de algunos grupos, y tan acentuados los odios y las diferencias de tendencia y de procedencia, que unos y otros sólo esperan la ocasión propicia para lanzarse al combate, sin que haya respetos ni consideraciones que les detengan.

Silvela, agarrándose a un clavo ardiendo, se ampara ante la egoísta benevolencia del partido liberal, y es evidente que en la obra de concordia de sus adversarios ha trabajado mucho por delegación de quien puede para estar prevenidos ante la contingencia de una crisis honda que haga imposible su continuación en el gobierno y la prolongación de la vida de estas Cortes, con otros misterios que pudieran salir de las mayorías parlamentarias, porque lo mismo Azcárraga que Villaverde lucharían con dificultades inmensas y estarían a merced de las minorías, ayudadas por los grupos rebeldes de la mayoría.

Porque se da el caso, por primera vez en nuestro parlamento, que antes de constituido el Congreso existe ya un grupo con independencia de jefes y cabecillas, dispuesto a manifestar su disgusto y simpatía al ministro de la Gobernación, que piensa oponerse a la aprobación de las actas que traigan protesta de aquellos neutros o predilectos de la iniciativa del Sr. Maura, grupo que no sólo hará la campaña contra las actas en que por su número y calidad puede dar más de una desazón al presidente del Consejo, sino que cuando llegue el debate de la Muerte y de la Sangre, como ya se llama a los sucesos de Infesto, se expondrá de una manera clara su protesta contra aquellos sucesos, declarando que no puede hacerse solidario de la responsabilidad del gobierno, ni cubrir con sus votos las torpezas y los graves errores del ministro de la Gobernación.

No hablemos de la actitud en que se ha colocado el ministro de Gracia y Justicia con motivo de los ataques que le han dirigido los banquetistas de Palma, esos que han cerrado contra la prensa de modo tan despiadado como ligero, por defender a un fracasado y por hacer la causa del hombre que por sus torpezas ha sido causa de tantos desastres y de tanta sangre inocente derramada. A esos caballeros que han banquetado, nosotros no les decimos nada, porque estamos por encima de los salivazos y de los eructos de las barrigas reconocidas a los favores señoriales.

Las actas pueden dar origen a que comience la semana de pasión del gobierno, pero el país debe tener presente que se prepara una nueva farsa para que continúe el turno, cambiando nuevamente la decoración para ver si apartan la corriente de su marcha o atenuar el poderoso movimiento de opinión iniciado últimamente.

A no dejarnos sorprender de nuevo y a acometer denodadamente la plaza para precipitar la caída de los conservadores con todo, y evitar la subida de los liberales.

A. A.

## Nota del día

Estábamos en la Plaza de la Armería, frente al amasacotado Palacio de Oriente.

El acaso—que no la curiosidad—nos llevó por allí, bien ajenos de que íbamos a sufrir un desengaño más entre los muchos que sufren los cándidos hijos de las provincias españolas cuando van a la Corte por atún y a ver al Duque.

Al entrar observamos desusado movimiento entre la guardia de Palacio, y entonces nos enteramos de que el jefe del Estado se disponía a asistir a la Salve.

Es de rigor que en todos los actos palaciegos figure el elemento de fuerza: caballos briosos que piafan iracundos, uniformes llamativos, armas relucientes, dorados galones, cintajos... toda esa vistosa guardarropía que tanto alegra los ojos de las multitudes inconscientes.

—Poco y mal deben de pagar el entusiasmo monárquico—dije—cuando tan pocos peones acuden a la cita.

Una abigarrada concurrencia, compuesta de doscientas personas, esperaba la salida del rey.

Este apareció a los sonos de la Marcha Real, y pasando por entre dos filas de curiosos y soldados, perdido en el fondo de su lujosa carretela, allá siguió su vía-cruce acompañado de la escolta real.

Su rostro triste, su forzada sonrisa, sus movimientos estudiados, ordenancistas, denotaban claramente que llevaba sobre sí la pesadumbre de una corona... de espinas.

Los viejos cortesanos le seguían sonrientes y satisfechos.

Parecían decirnos a los que les mirábamos con curiosidad insinuante:

—Hé ahí el símbolo para el que trabajáis. En ese niño están representadas todas las glorias y todas las desdichas ocurridas en multitud de siglos.

Yo lo miraba con amor.

En aquel momento me sentí monárquico compasivo.

Pobre joven, forzado a ser rey por ley de herencia, cuando debiera de ser un estudiante loco, simpático, travieso, que se llevara tras de sí el cariño general.

Si no odiara la monarquía por la aberración que representa, la hubiera comenzado a odiar desde entonces: desde que ví a ese niño triste haciendo su forzado papel de rey de España.

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

## Murmuraciones

La reina Draga, después de haber dragado en este mundo todo lo que ha podido dragar, se va a retirar a un monasterio. Aun allí, como tenga tiempo, dragará.

Enrique de Prusia va a Madrid.

Por la mayoría de Palacio se le concederá hospedaje gratis, y por la prensa monárquica los bombos que sean menester.

No se sabe lo que piensa el señor Maura desde que dió su última circular a los gobernadores civiles, achuchándolos para que cometan todas las barbaridades a que les obliguen las difíciles circunstancias en que nos encontramos.

Los diputados que les son afectos han comenzado ya en el Congreso a demostrar que están allí a disposición de don Antonio primero, y en contra del señor Silvela y sus secuaces.

Aunque el Sr. Maura se proponía ser inflexible en todas las contiendas, es de esperar que vuelva sobre sus declaraciones, y que el que se creía ser león se convierta en zorro.

Con respecto a este juicio, dice hoy *El País*:

“Son los políticos españoles los más transigentes de Europa. Aquí la política toda es una continua transacción. Y se

explica, porque hasta las cuestiones que se debaten con las armas en la mano, se han resuelto por componendas y transacciones.

En la primera guerra civil no fué posible acabar con los carlistas y se pactó con Maroto. Martínez Campos compró también sus victorias. La insurrección de Cuba concluyó con el pastel del Zanjón. Primo de Rivera transigió igualmente en Biacnabató.

Esta blandura de costumbres políticas no es fruto de una civilización adelantada y llena de refinamientos afeminados, sino de una falta absoluta de convicciones y de carácter.

Es así, diga lo que quiera el Sr. Maura. Nuestro país es excéptico en todo: en política como en religión.

Vivimos exclusivamente pensando en el día. No laboramos para mañana.

Y si laboramos, como le ha sucedido al mismo ministro de la Gobernación con sus reales órdenes o decretos en la *Gaceta*, el día siguiente nos arrepentimos.

Como se ha arrepentido el Sr. Maura en sus reformas sobre pagos de las municipalidades, abriéndoles el portillo del favor por mano de los gobernadores de provincia.

No es verdad que ha fallecido el alcalde de Madrid.

El mismo se ha presentado públicamente a decir:

—Caballeros, estoy vivo, y no hay quien me mate a mí hasta que llegue a ministro, si lo puedo conseguir, siendo una cosa tan fácil en este pobre país donde pasa Villaverde por ser un gran Metternich.

En Villanueva de las Minas hay una iglesia.

Y en esa iglesia hay un cura.

Y el cura ha parido...

—¿El cura?

Así me lo comunican por carta.

—¿Pero el cura?

No señor: la moza del cura.

El curita chico ha sido llevado a una casa-cuna, y en ella está a disposición de las buenas almas.

El curita en cuestión seguirá diariamente haciendo bajar a Dios a sus manos en el sacrificio de la misa y perdonando los pecados de los demás.

Los pecados suyos tienen carta abierta en la Corte Celestial.

Y a propósito de esto.

En *El País* llegado hoy a Sevilla encontramos lo siguiente:

“Nos escriben desde Sevilla dándonos cuenta de un hecho que, si no es nuevo, ni mucho menos, revela, sin embargo, cómo se cumplen las leyes en nuestros país.

El 17 del corriente pasaba por una de las calles de aquella ciudad la procesión llamada vulgarmente del *Dios grande*, cuando acertó a cruzar por ella un obrero del ferrocarril llamado José Paredes Chacón, al que, por no quitarse el sombrero, le propinó dos tremendas bofetadas un agente municipal que se encontraba en aquel lugar.

El público, justamente indignado, protestó de tan bárbaro atropello.

Según afirma nuestro comunicante, la prensa de Sevilla no se ha ocupado siquiera del asunto, y nosotros suponemos que el agente municipal continuará desempeñando su cargo.

—No saben nada de esto las autoridades de la capital?”

No es extraño que las autoridades lo ignoren cuando nosotros no sabemos una palabra.

José Paredes Chacón ha podido muy bien pasarse por aquí, en donde hubiera encontrado apoyo para sus justas quejas.

Nosotros no tenemos la culpa de que el Sr. Chacón se guarde las bofetadas y no se lo diga a un amigo siquiera.

—Un agente municipal sevillano dando bofetadas por... eso!

Santo Tomás decía: —Ver y creer!

Y como no lo he visto, no lo creo.

El Sr. Martínez Ruiz ha dicho de *Larra* (*Figaro*) lo siguiente:

“Sus artículos, enormes, difusos, premiosos, sin asomo de cultura, sin vislumbres sagaces, sin atisbos profundos, causan y enojan a poco que se corran las páginas...”

Dios te dé lo que mereces, Martínez Ruiz, y a nosotros paciencia para sopor-tarte.

Si por decir disparates se cobrara contribución, estarías clasificado como contribuyente de primera clase.

Los señores que componen la Comisión de actas del Congreso—los señores monárquicos se entiende—pretendían que no asistiera el público a la vista de las actas.

El Sr. Junoy—republicano—se opuso a ello, fundándose en que los chanchullos electorales deben de conocerse públicamente.

Porque públicamente se cometen.

Esperamos, por consiguiente, que las actas de Sevilla sean discutidas en público para que se enteren de qué manera y por qué artes de birli-birloque se van a sentar en el Congreso tres caballeros respetables.

Cuentan desde Málaga:

“Ha ingresado en la cárcel una vieja celestina y un criado de casa adinerada, acusados de narcotizar a una lindísima joven, abusando después de ella.”

¿Qué se apuestan ustedes a que eso no sucede en Marruecos?

*El Defensor de Sevilla* cuenta hoy lo siguiente:

“Apuntaremos también que, según manifestaciones reservadas que se nos hacen por algunos de los que a diario concurren a los mercados en concepto de vendedores, parece que determinados cabos de la guardia municipal exigen una cantidad semanal, que se distribuye equitativamente entre el sargento o sargentos e individuos que prestan servicio en la demarcación o plaza, exigencia y cantidades que pone a cubierto a los vendedores de la calidad, peso y cantidad de sus mercancías, pues el público es en definitiva el favorecido.”

No le han dicho al colega toda la verdad.

Porque, si se la hubieran dicho, sabría que no todo se queda entre el sargento y algunos individuos, sino que algo va a parar a otras manos más pecadoras, si bien más limpias.

CARRASQUILLA.

## La risa del triunfo

Que todos somos esclavos de una aspiración determinada, es indiscutible.

Al empezar a razonar se engendra de momento en la mente del hombre la idea, el sueño que ha de constituir durante toda su vida el móvil de su lucha en el mundo.

Unas veces la crea la vanidad, otras el egoísmo; siempre, algo puramente individual, y, por lo tanto, mezquino.

Esa es la aspiración, y como las aspiraciones las hincha la fantasía, tanto quiere uno ser, es tan grande lo que desea conseguir, que viene la muerte en lo más encarnizado de la lucha, y la aspiración, el ensueño—¡ingrato!—¡no legal! Es un espejismo.

El viejo poeta comenzó a charlar, y fuese por curiosidad o por respeto, las conversaciones confidenciales se interrumpieron, se hizo el silencio en el gabinete y con el tono habitual y festivo que le era característico, así dijo el anciano:

—Yo soy un exluchador, porque soy un exjoven; los viejos ya no sentimos el acicate indispensable para combatir, sin duda porque hemos conseguido el ideal; quizá porque hayamos poseído el ensueño.

Hace una pausa. Suspira. Luego, mostrando en el rostro la augusta realeza del orgullo:

—¡Y yo he luchado con todas mis fuerzas! Les diré a ustedes cómo perdí la fe en la ilusión, acicate indispensable para la lucha; una vez....



III

Así dijo el poeta, cruzando las manos y mirando al techo:

—Una vez tuve yo la absurda ilusión de ser feliz.

—¿Qué me hace falta para conseguirlo?—pensé.

En el magín le di vueltas al capricho, á las aspiraciones, al deseo; me pasé una autorevista de alma á cuerpo, y después del proceso intelectual consiguiente, vine en considerar indispensables para mi felicidad absoluta la consecución de los siguientes propósitos:

Tener una personalidad.

Tener un amor.

Y á buscar la solución á esos dos problemas consagré mi vida.

Pues bien; después de medio siglo de combatiente, hoy me encuentro con que ya he logrado mis dos propósitos.

En el gabinete se percibió un murmullo de asentimiento, de aprobación.

—Pero añadió el poeta:

—Bueno, ¡pues todavía no soy feliz! (Estupor.)

IV

—Mas no importa; hoy soy ya desencantado y me río del ensueño. Ya estoy convencido de que eso de la felicidad es una utopía, de que la lucha es una tontería, de que el ideal es ideal eternamente, y mi escepticismo es tan grande, que tengo un sátriro constantemente en la sonrisa y un descrédito tranquilamente en el alma.

Me burlo de los alegres y de los tristes, de los chicos y de los grandes, de los poderosos y de los humildes; todo me hace reír.

Luego añadió, levantándose para marcharse:

—Creedme, el ideal es una tontería; luchar es necio; reírse siempre de todo y hacerme caso: reid como yo.

Y haciendo un gesto despreciativo, salió riendo....

V

El viejo poeta baja nerviosamente la escalera del hotel.

Un criado le da el brazo hasta llegar al coche.

Sube el anciano al carruaje, cierra las portezuelas; baja las ventanillas, manda al cochero que guíe....

—Ya no me ven—se dice.

Saca el pañuelo y se echa á llorar.

FRANCISCO DE LA ESCALERA.

CRÓNICAS TEATRALES

¿POR QUÉ NO TRABAJA PERRIN?

El hecho es uno. En la compañía que actúa en el teatro San Fernando hay un primer actor, además del director de aquella Sr. Díaz de Mendoza (D. Fernando), enfermo en la actualidad para desdicha suya y de los amantes del arte escénico, y, sin embargo de haber un primer actor de acreditada historia artística y condiciones de suficiencia bastantes á cumplir gallardamente su cometido, dicho actor permanece entregado al *dolce farniente* del descanso y las obras siguen representándose en forma harto censurable. Quizás se nos juzgue de machacones al tratar de este asunto; pero no podemos sustraernos al deseo de consignar la verdad con entera franqueza, con absoluta sinceridad.

El público que paga por saborear un espectáculo bueno, tiene derecho á que así se le sirva. Darle otro adulterado por insuficiencias de actores (que no lo son) es descortesía manifiesta con quienes no formulan su protesta en forma ruidosa contra ese hecho por respetos á los merecimientos de una actriz ilustre. Pero esto no puede seguir sucediendo. El público en general, y particularmente el abono, ha tolerado con bondad innegable durante algunos días la osada sustitución del señor Díaz de Mendoza (D. Fernando) por su hermano D. Mariano. Ahora bien, ¿continuará imperando esa bondad?...

Difícil nos parece; la ejecución hecha anoche de la hermosa comedia de Galdós, *La de San Quintín*, se nos antojó el *desideratum*. La prudencia rompió sus límites y nadie absolutamente se recataba en las censuras.

—¿No hay un primer actor en la compañía?—decía el público....

Y como el dicho es cierto, las protestas se hallaban justificadísimas.

Tampoco hubiésemos nosotros roto el silencio si no mediase ese hecho innegable. Guardaríamos, ante la desgracia inevitable de un mal, la consideración merecida por el artista que, en tanto estuvo bueno, realizó labor digna de encomio.

No todo fué malo en *La de San Quintín*. María Guerrero, aun trabajando sin el aplomo y dominio de la escena en ella tan característico, á causa de los tropezones de sus *artistas* (léase Medrano y Mariano Díaz de Mendoza), mostróse en algunas escenas inspirada y logró arrancar los únicos aplausos que el público otorgó anoche á la comedia de Galdós.

También merece ser elogiado el señor Cirera por lo admirablemente que se caracterizó. Y nada más.

X.

La minoría republicana

Copiamos del *Diario Universal*:

“Muéstranse contentos los republicanos de los preparativos que están realizando para que su campaña en el futuro Congreso sea provechosa al crédito del partido y fecunda en resoluciones. Pronostican los más salientes y resueltos individuos de esta minoría que desde el principio plantearán la cuestión, aun intacta, de las responsabilidades de nuestras guerras coloniales de Cuba y Filipinas.

Los republicanos anticipan que no establecerán los términos de este debate sobre aquellos conceptos indeterminados y generales en que las culpas se desvanecen, las responsabilidades se diluyen y se confunden los errores y los pecados, mezclándose lo que es imputable á faltas del entendimiento, y lo que corresponde á vicios de la voluntad.

Hay—dicen los republicanos—en esas campañas, incidentes de índole militar, de linaje político y de carácter económico. Las responsabilidades deben exigirse en cada uno de esos campos, sin involucrarlos, para que la inmunidad de unos no cubra el juicio de los otros. La opinión ha anticipado su criterio sobre el militar: en él hay errores y desgracias. En algunos casos concretos se han examinado extremos del segundo de dichos órdenes y se han aplicado sanciones que no son equitativas, sino á condición de que se generalicen á cuantos en igual clase se encuentran.

El tercer orden de responsabilidades, ó sea el económico, apenas se ha tocado para Cuba, y respecto de Filipinas no se ha hecho absolutamente nada. “Y es preciso—añaden—que en las próximas Cortes se suplan deficiencias de los Gobiernos, haciendo esa liquidación que ha de ser fructífera en enseñanzas, acrisolando algunas reputaciones y quizás haciendo caer otras que por azar, demasiado común, han eludido hasta ahora su responsabilidad. Y como queremos caminar sobre seguro, cuantas afirmaciones hagamos irán documentadas incontestablemente, para lo cual nos preparamos con toda escrupulosidad y con toda resolución.”

CARIDAD

Lástima que el bueno de Brunetiére pasara por España como un meteoro. Llegó, soltó un discursete, vulgar y pedestre como sermón de cuaresma, y retiróse por el foro. A haber permanecido algunos días más entre nosotros hubiera tenido ocasión de comprobar su tesis, conforme á la cual la caridad es una virtud exclusivamente cristiana. Hubiera podido ver cómo en Madrid se desarrollaba una epidemia por efecto de las condiciones *higiénicas* en que vivieran los albergados en un asilo benéfico, más propio de bestias que de hombres. Hubiera oído de labios del alcalde de la coronada villa que, de setecientas cartas dirigidas por dicha autoridad en demanda de socorros á otras tantas personas opulentas, solo cinco obtuvieron respuesta. Hubiera sabido que en pocos días han muerto de hambre en la capital de la monarquía tres de nuestros hermanos en Cristo. Hubiera casi escuchado casi los disparos de los matusers que, bajo la dirección de un ministro heuchido de piedad cristiana, enviaban al otro barrio, bajo fútiles pretextos, á los súbditos de S. M. católica. Hubiera casi presenciado la entrega á la morisma de la mora Fátima, para que allí purgue duramente el indiscreto celo de las damas catequistas que la hicieron abrazar la religión del crucificado.

Todo esto se ha perdido el académico francés por su prisa en salir de esta tierra, cristiana hasta los entresijos. Tengo para mí que el autor

de la bancarrota de la ciencia considera á España, allá para sus adentros, como una especie de Marruecos católica. Solo así se comprende que tuviera la frascura de venir á tomarnos el pelo. Recabar para el cristianismo la ejecutoria exclusiva de la caridad es una tontería que, en cualquier país civilizado, haría reír hasta á las piedras de las sepulturas. Seiscientos años antes de Cristo predica Budha una religión que, en punto á altruismo, en nada cede al Evangelio. Por millones se cuentan en el remoto Oriente los hombres tan respetuosos con la vida ajena, tan enemigos de causar la muerte y el dolor, que rehusan alimentarse de carne. Llenos están los libros religiosos del Asia de máximas de la moral más pura. En el trono de los Césares se sentó un emperador á quien llamaron sus contemporáneos honor y delicia del género humano y que tenía por perdido el día en que no había hecho un beneficio. El gentilismo puede jactarse de haber producido á un Marco Aurelio en la púrpura y á un Epicteto en la servidumbre. Todo eso lo saben aquí hasta los chicos de Instituto. Unicamente lo ignoran los asistentes á los *tuises*.

El error de Brunetiére merece disculpa. Hay que ponerse en todo. Figúrate, Fabio, que en vez de ser súbdito fusilable de don Antonio Maura, fueses un burgués honesto de Londres, París ó Berlín. ¿Qué idea crees tú que tendrías formada de España? Nunca el nombre de esa tierra habría llegado á tus oídos enlazado con algún triunfo, con alguna iniciativa provechosa, con algún gran descubrimiento, con alguna obra civilizadora. Sabrías de ella por sus desastres, por sus agitaciones, por sus flaquezas, por sus matanzas. Tu periódico te serviría la hecatombe de Iofiesto junta con las empresas del Roghi y los desastres de Salónica. Te habituarías á encasillar á los españoles, en unión de marroquíes, turcos y búlgaros en la propia celdilla del cerebro. Y no habría ya manera de persuadirte de que en este país, donde es el saber leer una excepción, no está, sin embargo, la barbarie en la masa, social sino que procede de arriba y de que lo menos europeo que existe en España son los hombres que la gobiernan.

Yo no sé si será cierto lo que se cuenta de León XIII. Personas dignas de crédito aseguran que una de las distracciones favoritas de Su Santidad consistía hasta hace poco tiempo en ir sacando uno á uno pajaritos aprisionados en una jaula é ir retorciéndoles el cuello. Podrá ser ello una invención; pero es simbólica. Patece una fábula de Esopo. El tipo del inquisidor no es un producto del acaso. El ideal místico, alterando en la conciencia, con detrimento del buen sentido, las nociones de bien y de mal, si no alcanza á violentar la naturaleza hasta hacer á cada cual deseables el dolor y la muerte propios, llega, si, á inspirar la indiferencia hacia la muerte y el dolor ajenos. En el suelo de esta indiferencia fácilmente germina y alcanza desarrollo el nativo instinto de crueldad propio de la fiera humana. Así se engendra ese monstruo moral del fanático: llenos los labios de palabras de amor y de perdón, henchido el corazón de la hiel de inextinguibles rencores.

Somos un pueblo muy católico. La fe es aquí fanatismo y el fervor demencia. Nuestras clases directoras se comen los santos. España es el último refugio del ultramontanismo expirante. A la religión sacrificamos cultura, progreso, prosperidad y prestigio. Pero los pobres desfallecen de hambre en calles y campos. Pero la mortalidad es enorme en nuestros cuarteles por falta de alimentación. Pero nuestros asilos son cuadras. Pero nuestros hospitales son insuficientes para albergar á los enfermos y el ingreso en ellos es una dádiva de favor. Pero en nuestras inclusas hay un ama por cada docena de niños. Pero la navaja dice en todas las querellas la última palabra. Pero nuestras autoridades administran á golpes y gobiernan á balazos. Pero el tormento sigue siendo, como en los más negros días de la Edad Media, trámite del procedimiento criminal. Pero nuestro salvajismo hace de nosotros una excepción, vergüenza y horror de las naciones civilizadas. ¿Han oído ustedes que contra esas barbaries, contra esos crímenes se alce alguna vez desde la cátedra sagrada la protesta de los ungidos, órganos oficiales de la santa doctrina evangélica? No, los predicadores de Cristo están demasiado ocupados en pedir al cielo y á la tierra la extirpación de la herejía, el exterminio de librepensadores, protestantes, incrédulos, masones y ateos.

La verdad ó falsedad de una doctrina es asunto de discusión; su eficacia es una cuestión de hecho. Las virtudes de las panaceas físicas ó morales se han de mostrar por sus efectos. Se sabe que el sulfato de quina cura las intermitentes porque así en muchos casos se ha observado. Ningún razonamiento puede, en tales materias, sustituir á la experiencia. ¿Quiéren demostrar los católicos que su santa religión es la fuente de la

moral más elevada? Sean ellos modelos de virtud y no tendremos dificultad en darles crédito. Si hablan de continencia, de humildad, de desinterés, de caridad y de perdón y son licenciosos, soberbios, avaros, duros y vengativos, ¿cómo pretenden que se atienda á las palabras que ellos desmienten con las obras? ¿Qué moral es esa que no pasa de los labios? Quien intente acreditar su remedio para la obesidad no ha de pesar cien kilos. El que expendia un específico contra la calvicie no ha de llevar sobre los hombros una bola de billar. El más elocuente charlatanismo fracasa en su empresa persuasiva ante ca mentis de los hechos.

Se alega la pureza, la elevación de las máximas evangélicas. No disto de pensar que la moral del Evangelio ha resultado estéril en la práctica por ser demasiado buena. Se entiende, claro está, desde su punto de vista. Fué una utopía. Pretendió violentar la naturaleza humana. Exigió de los hombres lo que los hombres no podían dar. Así, tras un esfuerzo sincero é infructuoso para alzarse á tales alturas, los creyentes cayeron en el abismo de la *amoralidad*. No pudiendo alcanzar la perfección absoluta, renunciaron á la relativa. Pues no les era dado dominar las tentaciones de la carne, se entregaron á la impureza. Pues no lograban hacerse superiores á todo móvil interesado, fueron codiciosos y avarientos. Pues no conseguían amar al prójimo como á sí mismos y amar á sus enemigos, optaron por odiar y aborrecer con todas las potencias de su alma. De esta suerte la propia perfección inasequible de su moral fué para ellos causa de pecado. Una ética menos ambiciosa, más modesta y adaptada á la flaca condición humana, habría sido también más provechosa y más fecunda.

Lo es de hecho la moral laica que no demanda lo imposible. La civilización y no la fe es hoy la madre del altruismo. La humanidad se humaniza. Cada día se limita y disminuye el imperio del dolor. La ciencia inventa los anestésicos. La opinión declara guerra á la guerra. El derecho proscribte el tormento y los castigos corporales. Espíritus progresivos combaten la pena capital. El delincuente es considerado, no como un maldito, sino como un enfermo. La tolerancia acaba con las persecuciones dogmáticas. Las bárbaras máximas de otros tiempos no tienen ya aplicación. Ya no es el loco cuerdo por la pena. Ya no entra la letra con sangre. El manicomio se ha trocado de penitenciaría en sanatorio. La escuela se ha convertido, de prisión, en morada del contento y de la alegría. Los legisladores se preocupan donde quiera de mejorar la condición y asegurar el porvenir de las clases desvalidas. Se comienza en Europa á legislar y á gobernar para los pueblos. La mujer empieza á ver reconocidos su personalidad y su derecho. Todo ello es obra del progreso, contrastada, combatida, retardada por los hombres de la tradición: abscritos á la fe. Y por una singular contradicción, la sociedad va siendo más cristiana á medida que va desvaneciéndose en las almas la creencia en la divinidad de Cristo.

ALFREDO CALDERÓN

Noticias locales

AYUNTAMIENTO

La sesión municipal de ayer la presidió el Sr. Villagrán.

Aprobada el acta de la sesión anterior se da lectura á una comunicación del Gobernador civil dando traslado del auto de procesamiento decretado contra un concejal y decretando su suspensión en el ejercicio de sus funciones.

Los Sres. Palacios Cárdenas y Castillo se lamentan de que el Ayuntamiento, siquiera sea temporalmente, se vea privado del concejal tan celoso en el cumplimiento de sus deberes y pié de que consten en acta sus manifestaciones.

Los dictámenes que figuraban en la orden del día fueron aprobados sin discusión.

Se concedió un mes de licencia al concejal Sr. Llach y seis meses al Sr. Mallol (D. Ramón).

Se dió lectura á una moción del Sr. Roldán solicitando que vuelva á la comisión el dictamen relativo á la creación de una prevención municipal en el barrio de Triana, por no ser apropiado, en opinión de los vecinos de aquél, el lugar designado, que es el atrio del exconvento de San Jacinto. Se acuerda de conformidad con lo solicitado por el Sr. Roldán.

LA CUESTION DEL AGUA

Era este el asunto de mayor importancia de que había de tratarse en la sesión. Se tenía por seguro, antes de empezar el cabildo, que no se adoptaría resolución alguna, dándose un nuevo aplazamiento á la cuestión, y así sucedió en efecto.

Al darse cuenta del dictamen, el Sr. Palacios pide que quede sobre la mesa durante un mes en atención á que se encuentra ausente el concejal Sr. Hoyuela, que es firmante de la ponencia, y á que es de necesidad, para formar cabal juicio del asunto, que se complete el expediente con las certificaciones á que se refiere la ponencia en el dictamen.